

# REPORTAJE DE LA GUERRA CIENTÍFICA: LA CONTABILIDAD DE LOS ESPERMATOZOIDES Y LA CRÍTICA POSTMODERNA<sup>1</sup>

Joe Kovel

Vamos a empezar con un hecho o al menos con un descubrimiento. Podría usar otros temas para el razonamiento que tengo en mente, pero por ahora es mejor centrarse en lo siguiente: la «ciencia» muestra que desde hace de treinta a cincuenta años, la cantidad y la motilidad de los espermatozoides de los hombres de países industrializados se ha reducido. Estudios recientes en París señalan un descenso del dos por ciento anual en las dos últimas décadas. Un informe de 175 páginas de la Agencia de Protección Ambiental danesa presenta evidencia e interpretaciones que después discutiré, mientras que otros informes de Escocia y de Bélgica van en la misma dirección, todo lo cual apoya el descubrimiento de Elizabeth Carlsen en 1992 que se basa en un análisis histórico de sesenta y dos estudios independientes de contabilidad de espermatozoides. Tales descubrimientos están relacionados con estos otros: un crecimiento significativo de la incidencia de cáncer de testículos entre jóvenes así como anomalías congénitas en los órganos reproductivos masculinos; un aumento de problemas similares en mujeres, especialmente cáncer de

mama; un deterioro similar en la fauna animal, incluidos panteras, cocodrilos, pájaros, murciélagos, tortugas y peces.<sup>2</sup>

Hay diferentes reacciones posibles ante esa información. La más obvia sería buscar las causas de este fenómeno, sus implicaciones y sus posibles remedios. Notemos que al aplicar una extrapolación elemental —un dos por ciento anual y seguramente el porcentaje va a aumentar— las capacidades reproductivas de los animales superiores, como mínimo en ciertas áreas y quizás en todo el mundo, llegarán en algún momento a no alcanzar el umbral de sostenibilidad. Mientras tanto, muchos seres van a sufrir de una u otra manera, y una cantidad cada vez mayor de organismos dañados genéticamente van a ser introducidos en la ecosfera. Así pues, si el proceso hacia el cual esos estudios llaman la atención continúa, hay que sacar conclusiones drásticas para el futuro de los organismos complejos del planeta, pues parecería que una suerte de envenenamiento sistemático estuviera destruyendo inexorablemente el legado genético de muchos millones de años de evolución.

Pero no nos precipitemos. El párrafo an-

<sup>1</sup> Tomado de *Social Text* vol. 14, 1996. Joe Kovel vive en Nueva York, es miembro del comité editorial de *Capitalism, Nature, Socialism*.

<sup>2</sup> Por ejemplo, en el caso de Bélgica la cantidad de esperma con motilidad fuerte cayó de 53,4 por ciento en 1977 al 32,8 por ciento en 1994, una caída espectacular. Si no anuncio lo contrario, las investigaciones so-

bre las que descansa este artículo se han obtenido de *Rachel's Environment and Health Weekly*, núm. 438 de abril 1995 y núm. 448 de junio 1995. Este servicio se debe al trabajo muy valioso de Peter Montague, Environmental Research Foundation, P.O.Box 5036, Annapolis, Maryland 21403, o en <erf@rachel.clark.net>

terior usa expresamente modos verbales subjuntivos y condicionales, porque tales extrapolaciones se basan en una serie de supuestos:

—Que esos descubrimientos son importantes. Eso requiere un reconocimiento básico de la materialidad indiscutible de nuestro cuerpo, como una parte de la naturaleza que es nuestro habitat más directo. El cuerpo puede ser sujeto o portador de textos diversos —nuestra historia de vida, nuestra identidad, nuestro género— pero para poder inscribir esos textos, el cuerpo debe estar en más o menos buena forma. Es posible pensar que hay gente en desacuerdo con esta idea de la materialidad del cuerpo, y por tanto no se van a interesar por tal descubrimiento, pero no serán muchos. Otras personas —también una minoría, supongo— tal vez están contentas con las noticias, como una solución imprevista a la explosión demográfica, pero esos neo-Malthusianos deben darse cuenta que el efecto mayor, al menos durante un tiempo, se hará sentir en los países industrializados y no en las masas supuestamente natalistas del Sur. La gran mayoría de personas seguramente contemplarían esas noticias sobre la disminución de esperma como una horrible señal de que el substrato natural de la existencia se está desintegrando, y esa perspectiva amenazadora nos lleva a prestar seria atención a cómo está hecho el cuerpo y cómo éste interactúa con el mundo.

—Hacer esto, implica otro reconocimiento, implica aceptar que la «ciencia», como conocimiento colectivo, es capaz de decirnos algo de importancia sobre el cuerpo y el mundo, pues para que la extrapolación anterior tenga sentido, debemos tener ideas coherentes de genética, biología evolucionista, química, toxicología, epidemiología, y mucho más. Debemos también confiar en que la «ciencia», una combinación inteligente de esas diversas disciplinas, nos puede explicar algo sobre la naturaleza de este proceso venenoso que está destruyendo nuestro germoplasma. Finalmente, debemos creer también que el estudio de todo esto será útil para en-

contrar un camino para revertirlo o mitigarlo. Todos estos supuestos están en general dentro del marco de la modernidad, un supuesto central de la cual es la capacidad de la razón desinteresada para lograr beneficios para la humanidad. En otras palabras, aceptar esos descubrimientos y su interpretación equivale a conceder, no plena confianza, pero sí al menos cierto crédito a la autoridad de la modernidad.

Hoy en día creo que habría más gente escéptica respecto al segundo grupo de proposiciones que al primero, pues hay muchas razones para desconfiar de la ciencia. Hay muchos críticos de la modernidad, ya sea con bases premodernas, esencialmente religiosas, o desde los distintos puntos de vista que caracterizan la postmodernidad. Y a pesar de que casi nadie rechaza los logros de la ciencia *tout court*, son muchos los que corroen o erosionan por distintos lados al edificio de la ciencia. Sin ciencia no habríamos tenido Hiroshima, Bhopal y Chernobyl, o los efectos ecológicamente destructivos de la llamada Revolución Verde en la agricultura.<sup>3</sup> La ciencia como arrogancia humana, la aserción de la gran narrativa histórica basada en supuestas leyes de la historia, la búsqueda de identidad, el control y dominio de la naturaleza y el proyecto del orgullo masculino: todos esos rasgos de la modernidad que hoy son criticados han llevado al rechazo actual de la ciencia o por lo menos a la adopción de una actitud crítica hacia ella.

Por tanto, tenemos un problema. Debemos confiar en la ciencia y por tanto en la modernidad, si queremos estudiar y aprovechar en la acción ese descubrimiento de la disminución de la cantidad y motilidad de esperma, pero la opinión contemporánea se mueve contra la ciencia. Tal vez uno pueda arreglar esto diciendo que aquí, en estas circunstancias, al igual que cuando una enfermedad amenaza la vida, dejamos de lado de momento la crítica contemporánea de la ciencia y nos ponemos en las manos de los «expertos», confiando por razones puramente instrumentales en lo que normalmente criticaríamos. Pero esa respuesta es muy dé-

<sup>3</sup> Vandana Shiva, *The Violence of the Green Revolution* (Penang, Third World Network, 1991), y más amplia-

mente, V. Shiva, *Staying Alive* (Londres, Zed, 1989), Trad. esp.: *Abrazar la vida* (Madrid, Horas y horas, 1996).

bil y timorata: una crítica que se deja de lado tan fácilmente no puede ser una crítica seria. Quizás podamos avanzar más si estudiamos mejor lo que la ciencia nos dice sobre el tema en cuestión. Aquí encontramos inmediatamente una complicación interesante, ya que los científicos están divididos en dos campos muy opuestos: un grupo (le llamaremos grupo A), no cree que la cantidad de esperma se esté reduciendo en los países industrializados o, si acepta esos resultados, les da una interpretación diferente al otro campo, el grupo B. Esos científicos, del grupo B, interpretan el descenso de esperma de esta manera: muchos productos químicos industriales habituales imitan o se parecen a las hormonas sexuales como el estrógeno, y si los ingerimos, aunque sea en cantidades muy diminutas, alteran nuestro balance endocrino, y las anomalías sexuales, genéticas, o relacionadas con el cáncer son efectos de esa alteración del exquisito balance hormonal, siendo estos efectos particularmente severos en el útero y, finalmente, que esas sustancias, muchas de ellas derivadas de los organoclorados introducidos en la biosfera por primera vez en los últimos cincuenta años por el rápido desarrollo de la industria química, están en todas partes, son componentes de pesticidas, detergentes, cosméticos, contenedores de plástico y pinturas, que no se producen para ser ingeridos, pero cuya ingestión accidental en pequeñas cantidades es imposible evitar.<sup>4</sup> En otras palabras, el envenenamiento, si así es como lo llamamos, no es esotérico sino que tiene lugar en las situaciones más habituales de cada día, al llevar a cabo las funciones vitales más corrientes. Además, el problema va a crecer y a empeorar según las hipótesis del grupo B, ya que lo que ocurre ahora es el resultado de la exposición a tóxicos durante la gestación hace veinte o cuarenta años, cuando el nivel de toxicidad era menor al actual. Por tanto, hemos producido ya unas generaciones más dañadas que aquellas que hasta ahora han sido investigadas.

<sup>4</sup> No solo faltan pruebas de los efectos de decenas de miles de nuevos compuestos sino que apenas hay intentos de entender las *interacciones* entre esos compuestos en los contextos reales en que el cuerpo humano tropieza con ellos, y dada la complicación matemática

El grupo A, como se ha dicho, no está de acuerdo con esta perspectiva. Por ejemplo, ofrece estudios que prueban que los métodos estadísticos de Elizabeth Carlsen eran defectuosos y que la cantidad de espermatozoides realmente ha aumentado. Un miembro de este grupo A, con el nombre dickensiano de Stephan Safe<sup>5</sup>, en un estudio reciente termina afirmando que la idea que los productos químicos industriales estrogénicos contribuyen a un crecimiento de los cánceres de mama en las mujeres y a problemas reproductivos en los hombres, no es plausible. Esta conclusión se basa en que la cantidad de compuestos naturales que imitan el estrógeno en las plantas que comemos es mucho mayor que las cantidades de productos químicos industriales que entran en nuestro cuerpo por alguna ruta.

No voy a entrar en el debate relativo a cuánto hay de verdad en las posiciones de ambos campos. Yo no soy un «experto» y solo tengo un conocimiento pequeño basado en escritos de segunda mano y partidarios. Pero que yo sea o no sea competente para juzgar la cuestión, da lo mismo. Lo importante es reconocer que es imposible disponer de una prueba positiva, en este caso, y como ha dicho Peter Montague, que es un crítico sin piedad contra los contaminadores, no podemos acceder a un «Santo Grial» de seguridad científica en cuestiones de este tipo.<sup>6</sup> Hay un exceso de variables y de cuestiones metodológicas para ser resueltas, no se sabe con certeza tampoco cuál es la escala temporal exactamente relevante, etc. En otras palabras, hay acontecimientos y procesos en la naturaleza y en la sociedad que están fundamentalmente indeterminados, su conocimiento positivo es una quimera. Incluso en cuestiones que ninguna persona razonable discute (por ejemplo, el papel causal del tabaco en diversas enfermedades), no tenemos una certeza cartesiana. De hecho, uno de los logros principales de las teorías críticas y postmodernas de la ciencia ha sido acabar con las pomposas reivindicaciones de

de esas interacciones, tal investigación no está dentro de la capacidad de los científicos.

<sup>5</sup> Esteban el «Seguro»

<sup>6</sup> REHW, núm. 440, 4 mayo 1995.

certidumbres, exceptuando algunos casos limitados y no muy interesantes.

Ese tipo de reflexiones muchas veces llevan a una especie de nihilismo o, más comúnmente aún, a una cierta tolerancia liberal. La ciencia debe dejar su arrogante certidumbre, se dice, y reconocer la existencia de diferentes perspectivas. Ahora bien, el ejemplo de la disminución de espermatozoides, revela lo inadecuado de ambos puntos de vista, pues si la cuestión no es ni lograr un conocimiento científico desinteresado ni el poder sobre la naturaleza sino la supervivencia —no solo de nosotros sino de los vertebrados en general— entonces necesitamos otras reglas, por la simple razón que el cuerpo vivo está en peligro.<sup>7</sup> No puede haber un acuerdo o compromiso pluralista entre A y B. Si los primeros dicen la verdad, no hace falta cambiar nada; si los segundos dicen la verdad, entonces la sociedad debe enfrentarse a un cambio mayor que el de la Revolución Industrial. Pero, al no haber una prueba positiva, cómo debemos resolver la cuestión?, y cómo podemos usar la ciencia? La urgencia de la crisis sugiere el siguiente enfoque.

—En primer lugar, no podemos cerrar los ojos ante lo que está pasando. Pero encontrar la reacción adecuada no es fácil, dada la escala del problema y los esfuerzos para minimizarlo, normalizarlo o distorsionarlo. Tanto el negarlo como el caer en una reacción apocalíptica, como también la indiferencia cínica, son todos distintos caminos para aliviar la ansiedad, que pueden tener consecuencias fatales. La supervivencia es lo que define la coyuntura presente, y la supervivencia devuelve la razón a su función más básica: la adecuación de medios a fines. Si las extrapolaciones de la actual crisis ecoló-

gica son ciertas —no solo si la contabilidad de los espermatozoides es cierta, sino también las calamidades más conocidas como el cambio climático, la pérdida de especies, la destrucción de suelos, la deforestación— entonces debemos confesar que estamos totalmente faltos de preparación. Hay tres situaciones posibles: a) varios escenarios de colapso y desintegración biológica o social, y entonces b), respuestas estatales autoritarias frente a esto, o c), alguna transformación emancipatoria hacia una forma ecológicamente racional de sociedad.<sup>8</sup> A menos que argumentemos en favor del suicidio colectivo, la finalidad predominante es la supervivencia, y la vía racional es aquella que promueve la supervivencia de una manera no fascista, esto es la que lucha contra la primera y segunda situaciones. En el caso que nos ocupa, la razón nos lleva a desconfiar de la negativa del grupo A, aunque sin rechazarla de plano, a tomarse en serio el descenso de espermatozoides, pues hay demasiado humo para que no haya algo de fuego, y por tanto el grupo B merece ser escuchado plenamente con la presunción de una cierta validez de sus argumentos.

En esta coyuntura no podemos prescindir de la ciencia, igual que la gente de la mar no puede ignorar los instrumentos de navegación, pero la ciencia no puede ser nunca valorada por sus promesas. Hay que recordar todas las violaciones cometidas por la ciencia: la reducción del universo a la materia bruta, dirigida mecánicamente, su papel para la dominación. En la coyuntura actual, algunos aspectos de la llamada ciencia normal deben continuar. En caso contrario, ¿cómo podríamos hacer frente a los daños ecológicos causados?, ¿cómo podríamos inventar una tecnología apropiada para una

<sup>7</sup> Por supuesto, cabe otro tipo de solución; por ejemplo, podríamos dar la razón al grupo B, pero no aún ahora, sino diciendo que con el tiempo sí tendría razón, o podríamos redefinir las sustancias tóxicas... Pero la discusión no cambia realmente.

<sup>8</sup> Para la primera posibilidad, véase Donnella Meadows, Dennis Meadows y Jorgen Rangers, *Beyond the limits*, Chelsea Green Publ. 1992. Este estudio está basado en la teoría de sistemas y sus implicaciones para la política social son muy discutibles, pero sin embar-

go proporciona una serie de modelos de computador que muestran cuán grave es la situación. La tercera posibilidad, una transformación emancipadora, va contra la opinión hoy predominante que supone que el capitalismo neoliberal triunfante puede hacer frente a cualquier contingencia... con la sabiduría ecológica hasta ahora evidenciada. Véase el panorama presentado por Martin O'Connor, ed., *Is Capitalism Sustainable?*, Nueva York: Guildford, 1994.

sociedad ecológica? No podemos renunciar a la inteligencia colectiva incorporada en el proyecto científico. Pero la ciencia tiene que ser reelaborada para una coyuntura anormal<sup>9</sup>. El mito de la autonomía de la ciencia con respecto a la sociedad, ya no existe. La ciencia que queda debe ser reelaborada según lo indicado por la crisis de la ecología, una ciencia restaurada para incluir lo que expulsó, para tratar la ignorancia más que el conocimiento presuntamente cierto, para respetar la integridad de totalidades complejas más que las partes atomizadas, para colocar la primacía del devenir dialéctico sobre lo mecánico y estático, para reconocer que somos parte de la naturaleza y por tanto aceptar la consciencia y vitalidad immanentes de la naturaleza.<sup>10</sup> Si los problemas son estudiados desde perspectivas parciales, sin conexión con esa totalidad —como ocurre con la investigación sobre los efectos endocrinos de los organoclorados— eso debe ser interpretado como una limitación, tal vez necesaria por los límites del conocimiento humano, pero no como una confirmación de la metafísica mecanicista.

Sin embargo, la revisión de la ciencia normal no es suficiente. Hace falta otra dimensión, es decir, la crítica de la ciencia, pues la ciencia ha tenido una enorme autoridad que no merecía a la vista de la pesadilla producidas por esa ciencia normal, una serie de historias de horror a la cual ahora podemos añadir la contabilidad de los espermatozoides. Esa crítica tiene algunos aspectos familiares pero en un contexto diferente. No es una sorpresa que el estudio que afirma que la cantidad de espermatozoides no decrezca sea un proyecto de la Asociación de Fabricantes Químicos o que Stephan Safe esté patrocinado por las mismas fuerzas, o que las quince empresas más importantes de relaciones públicas hayan recibido más de noventa millones de dólares en 1993 para promover

una imagen ecologista o que la factura para pintar de «verde» a las empresas de Estados Unidos en 1990 haya llegado a 500 millones de dólares.<sup>11</sup> La probabilidad de que un estudio como el de Safe tenga un origen distinto a la defensa del capital, es casi cero.

Es más fácil predecir los fallos del enfoque científico general de la crisis ecológica que predecir el resultado de una cuestión técnica concreta dentro de esa crisis, como por ejemplo la contabilidad de los espermatozoides. La razón es que la naturaleza es en cierto modo más compleja que la sociedad. La primera contiene muchas variables complejas e incluso indeterminables, y no se le puede aplicar ninguna Gran Ley —¿un paralelo al impulso monoteísta?— como la Segunda Ley de la Termodinámica, o el Principio de Evolución, o una teoría general de la física, con la pretensión de explicarlo todo en general. Ese impulso debe explicarse más por las circunstancias de la mente humana que por la naturaleza externa que, aunque tenga leyes, sobrepasa en mucho nuestra inteligencia.

La sociedad también tiene muchas complicaciones pero la presencia de una dinámica central, la acumulación de capital y las instituciones sociales para asegurar esa acumulación es una realidad clara, como también lo es la mistificación ideológica de tal realidad. Esa mistificación precisamente ayuda a la acumulación de capital. En la naturaleza podemos identificar muchas tendencias regulares pero no existe una fuerza que mueva todo el conjunto en una dirección, mientras que en la sociedad podemos identificar una fuerza tal. Como la naturaleza es conocida a través de la ciencia y la ciencia es parte de la sociedad, el estudio de la naturaleza y el quitar la máscara de la dinámica social que influye en ese estudio, son dos momentos del mismo proceso.

Desde una perspectiva más amplia, la situación actual puede ser vista como una nue-

<sup>9</sup> Véase el paralelo con la discusión de Silvio Funtowicz y Jerry Ravetz, en términos de la «epistemología política» necesaria para la «ciencia postnormal», cf. Funtowicz y Ravetz, *Epistemología Política: ciencia con la gente*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994. (N. del E.).

<sup>10</sup> Para el desarrollo de una línea de razonamiento en esta perspectiva, Richard Levins y Richard Lewontin, *The Dialectical Biologist*, Cambridge, Mass.: Harvard U.P. 1985.

<sup>11</sup> Joel Bleifuss, «Covering the Earth with Green PR», *PRWatch*, 2, 1995, pp. 1-7.

va fase en la intersección de la naturaleza y la historia. Dos polos definen esta fase. Desde 1960 aproximadamente, la capacidad de carga de la Tierra, es decir, la capacidad de amortiguar los efectos ecológicamente destructivos de la acumulación de capital, ha sido sobrepasada. La publicación en 1962 de «La Primavera Silenciosa» de Rachel Carson avisando de los efectos de los pesticidas sobre la biosfera, puede ser considerado como inicio de esta fase. También lo es el descenso de espermatozoides.

El segundo polo está definido por la crisis global de acumulación de capital que comienza una década más tarde, y que continúa con pleno ímpetu, con efectos catastróficos sobre los trabajadores, los espacios urbanos, el Sur del planeta y el medio ambiente. No podemos explicar aquí con cuidado hasta qué punto esta crisis de acumulación fue ella misma inducida por el peso excesivo sobre la capacidad de carga del planeta, algo que necesariamente hace aumentar los costos de las empresas. En cualquier caso, la interacción de ambas crisis es indudable. Ocurre de mil maneras, incluyendo el actual retroceso de la modesta legislación ambiental conseguida en los primeros años de esta fase, y también se nota en la defensa que el grupo A realiza del derecho «natural» del capital a continuar fabricando organoclorados a pesar de la evidencia creciente de que son ecológicamente destructivos.

Nadie puede olvidar que actualmente la balanza de fuerzas se inclina mucho a la derecha, y el retroceso ambiental es un síntoma de esto. Pero cuanto más gana el capital, más fracasa, ya que al aumentar la contaminación y la degradación de recursos, provoca más presión contra la acumulación de capital. Y así el conflicto ideológico se agudiza. Podemos entender a los Stephen Safes del grupo A como tropa de infantería en la Guerra de la Ciencia cuyo objetivo estratégico es controlar el discurso sobre la naturaleza. Y, en el otro lado de la batalla, así hemos de entender también a los Peter Montagues y a toda la comunidad de los que producimos críticas, incluyendo la crítica de la ciencia en «textos sociales» como éste. Creo que la crisis ecológica en todas sus ramificaciones, especialmente en la fase actual, co-

loca a los críticos en una coyuntura que no es radicalmente nueva —las pesadillas no empezaron ayer— pero sí es nuevamente radical: es radical en la percepción de la profundidad de la crisis y en la necesidad de abordar el tema de la naturaleza por personas que hasta ahora, como los filósofos críticos, se preocupaban más bien por el lenguaje. También es radical en la movilización exigida de la crítica de la economía política pues es la psicosis de la ganancia lo que consume la naturaleza. Y es radical por cuanto unifica al mundo entero como una entidad bajo asalto, y asimismo porque pide a las corrientes de la investigación crítica que trasciendan sus parcialidades en una causa común.

Así pues, puede sostenerse que el Marxismo, que está en andrajos, puede cobrar nueva vida por su relevancia para una crítica a un capitalismo que se ha vuelto loco, pero, al igual que las ciencias normales, el Marxismo debería también aprender en esta nueva vida a escuchar a la naturaleza, en vez de dominarla. Esa es una lección que puede aprenderse ahora por la propia crisis ecológica que precipita al abismo no solo a los condenados de la tierra sino a la propia do-lida naturaleza.

Similarmente, lo que podríamos llamar el postmodernismo clásico, si se permite la expresión, está ahora tan obsoleto como el propio modernismo clásico. Ante las actuales amenazas, hay que repensar las críticas del postmodernismo. Tenían razón cuando atacaban las tendencias dominadoras de la ciencia moderna, incluyendo las tendencias totalizadoras del Marxismo, pero eso ahora totalmente inadecuado frente al peligro de la crisis ecológica, que no es simplemente un «texto» aunque ciertamente los textos falsificadores tengan un gran papel en esa crisis. Esa crisis ecológica es una amenaza a la vida, que produce textos. En otras palabras: la crítica postmoderna de la ciencia es cierta y necesaria pero también es reductiva y parcial, por cuanto no reconoce las dimensiones materiales de la crisis ecológica. Al ser reductiva, revela su propia falsa totalización, en este caso, un cripto-idealismo. Pero eso también podría ser transcendido y por tanto hemos de esperar un giro materialista en la crítica postmoderna bajo la presión de la

coyuntura actual.<sup>12</sup>

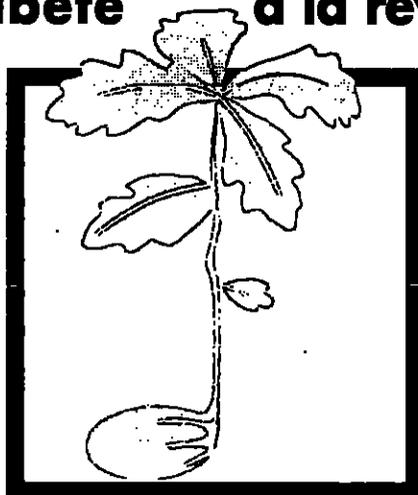
Esta nota de optimismo en los últimos párrafos creo que está justificada, ya que la crisis ecológica revela más que ninguna otra cosa la desintegración del Principio de Realidad sobre el que descansa la razón y la ciencia modernas. Cuánto más poder tienen los que mandan, tanto más corruptas e irracio-

nales son sus legitimaciones, y mayor es la oportunidad para un pensamiento y una práctica fuera del control de ellos. Dada la situación general y la correlación de fuerzas, eso puede parecer un frágil junco al que agarrarse para nadar contracorriente, pero necesitamos cualquier junco.

<sup>12</sup> Pienso que ese cambio puede notarse en la reinterpretación que Derrida hace de Marx, Jacques Derrida,

*Specters of Marx*, N. York: Routledge, 1994.

**Suscríbete a la revista**



**Quercus**

**Revista mensual de estudio y defensa de la naturaleza**

Estarás informado a fondo de todo lo que acontece en la naturaleza española y en su conservación.

Contribuirás a mantener un medio de comunicación clave para el movimiento ecologista y los investigadores de la naturaleza

Dirección: Camino de Hormigueras, 122 Bis. Planta 5ª Nave P-1 - 28031 Madrid  
Precio de la suscripción por 12 números: 4.900 ptas.